

El fin del mito estadounidense

21 Jan 2026

- PUNTO DE VISTA Carmen Dolores Hernández Escritora



Lo que sorprende no es que un líder narcisista y megalomaniaco esté dando al traste con todos los principios que supuestamente regían la vida estadounidense: el estado de derecho, la democracia salvaguardada por instituciones fundamentales, el recurso a la justicia para todos, el orden cívico, la acogida generosa a los pobres de la tierra (¿quién se acuerda ya del poema de Emma Lazarus?). Lo que realmente sorprende es que en el plazo de un año todos los principios sobre los que Estados Unidos había basado su muy cacareado excepcionalismo se esfumaron, que ninguna de las instituciones que debían poner límites al poder absoluto haya funcionado como debía.

¿Qué ha pasado con el Tribunal Supremo? ¿Con el Congreso? ¿Con la independencia de las agencias federales? Todo ha ido cayendo como una fila de naipes empujados por el embate de un hombre soberbio y prepotente. ¿Un solo hombre ha logrado eso? Ciertamente Trump debe tener detrás -o delante- una camarilla de secuaces (o mentores) que lo impulsan y sostienen y han logrado desestabilizar no solo al país sino al continente, al hemisferio y al mundo.

Pero ¿cómo permite Estados Unidos que lo gobierne un dictador que amenaza con la fuerza bruta a sus enemigos internos y externos? ¿Cómo no surge -más allá de protestas localizadas ante hechos puntuales como el asesinato a mansalva de una mujer ejerciendo su derecho a la disidencia- un rechazo unánime del país entero? ¿Cómo es que el pueblo no clama por justicia, los tribunales no pueden frenar los abusos, ni pueden defenderse eficazmente las instituciones (universidades, museos, centros culturales)? ¿Son esos Estados Unidos los que nos enseñaron a admirar, el país “excepcional” por su acatamiento de las leyes, su espíritu cívico, sus costumbres democráticas?

Ese fue más bien el espejismo que nos vendieron, esfumado tras la cruda realidad. Estados Unidos no cree -ni ha practicado jamás- lo que dice su Declaración de Independencia: “All men are created equal”, porque nunca han sido iguales los negros, ni los indígenas, ni los extranjeros “de colores”.

A lo largo de su historia, los impulsos expansionistas e imperialistas estadounidenses han iniciado guerras injustificadas e injustificables. ¿Qué, sino su rapacidad, justificó la guerra contra México en 1848, guerra que privó a ese país de la mitad de su territorio? ¿Qué, sino el deseo de quedarse con las islas españolas del Caribe y del Pacífico, motivó su entrada en la Guerra Hispanoamericana con el pretexto de la voladura del Maine? Las intervenciones de Estados Unidos en Centroamérica -en Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Panamá- estuvieron motivadas por intereses económicos. Y las ocupaciones de Haití (1912-1933) y de la República Dominicana (1916-1924) se debieron a intereses políticos. En aras de esos intereses Estados Unidos defendió a dictadores como Machado y Batista en Cuba y Trujillo en la República Dominicana.

Y aunque se rasgó -con razón- las vestiduras ante el horror anti-judío de los nazis, también cometió uno de los crímenes más espantosos que ha visto la humanidad: el lanzamiento de dos bombas atómicas sobre ciudades japonesas pobladas por civiles indefensos.

Los puertorriqueños nos hemos tragado el cuento de la superioridad moral de Estados Unidos. Es hora de despertar de ese engaño, de ver con claridad que nuestra historia del siglo XX estuvo marcada por el expolio inicial de nuestra tierra y nuestra economía a manos de estadounidenses ávidos de lucro. Y debemos también saber que siempre han impedido que ampliemos nuestro gobierno propio. Desengañémonos de lo que pueda proporcionarnos la tutela de un país oportunista. Es hora de que busquemos nuestra propia ruta teniendo en mente el futuro de nuestra isla.

